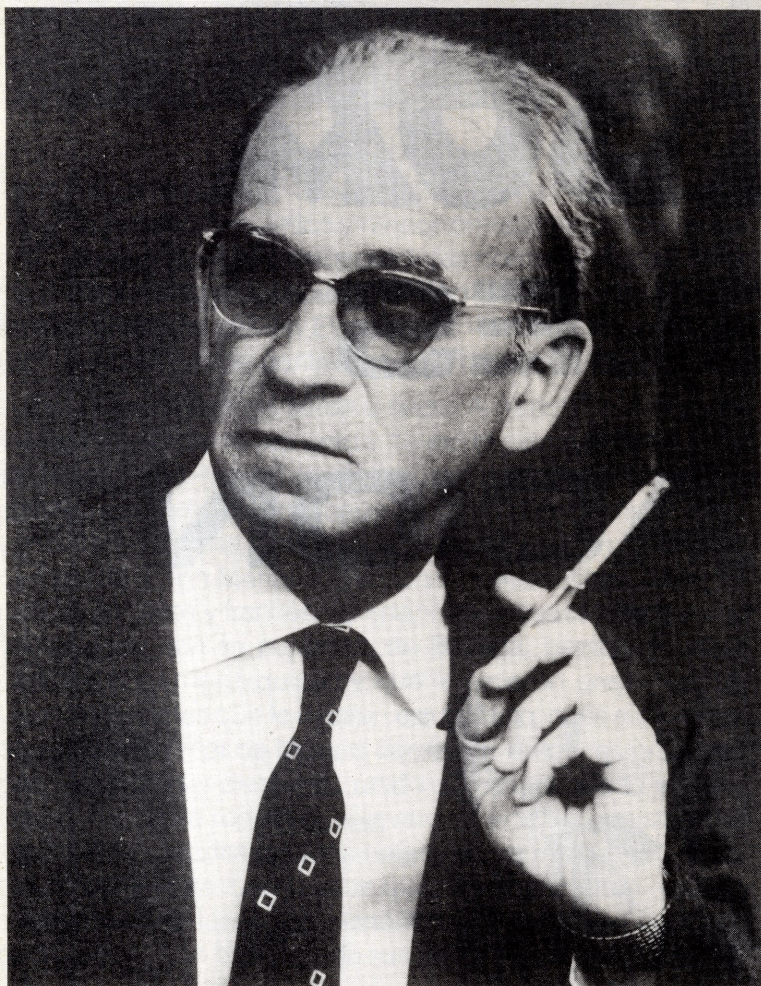


EL IRUNES



RECUERDO DE UN MUSICO VASCO



Pablo Sorozabal

El famoso compositor vasco Pablo Sorozabal, posa para los lectores de «El Irúnés», a través de FOTOS GUILLO y con su firma-dedicatoria. (Fotos Guillo).

En tre las expresiones del condolencia que he recibido por el reciente fallecimiento, a sus cansados pero lúcidos noventa y un años, de mi padre, el músico vasco Pablo Sorozabal Mariezkurrena, la que más me ha llegado al alma es una firmada por el Colectivo de Presos Políticos Vascos.

A ellos, a los presos políticos vascos, de dico este pequeño recuerdo de mi padre. Lo hago por dos razones: primera, porque yo pienso mucho en los presos vascos que sufren privación de libertad por su lucha en pro de la libertad de nuestro pueblo; y segundo, porque la personalidad humana y profesional de mi padre, al igual que la de todos los vascos, se halla inexorablemente marcada por un destino impropio, impuesto por instancias ajenas al propio y libre albedrío, destino contra el que precisamente se alza la lucha de los mejores hijos de Euskal Herria, a fin de recuperar el derecho a un destino propio y libre.

El hecho de haber vivido cincuenta y cuatro años (esto es, toda la vida, mi vida) al lado de mi padre, me otorga, creo, cierta autoridad para hablar de él. Nadie le ha conocido tan a fondo como yo. Jon I. Odriozola, en un precioso artículo, «Cambiar el futuro», publicado en estas mismas páginas, hace

referencia a mi padre, al hilo de algunos comentarios de prensa aparecidos con motivo de su muerte, concretamente en torno a su «carácter difícil», a su cualidad de «abuelo cascarrias».

Algo de cierto hay en ello, pero sólo algo. Pocos talentos humanos tan tiernos, tan afectuosos ha habido ni habrá nunca como el de Pablo Sorozabal Mariezkurrena. Pocos corazones tan nobles en el más estricto sentido del término, es decir, en el de un corazón popular, que jamás se ha separado de sus muy humildes orígenes sociales. Hasta el último día de su larga vida, mi padre fue siempre paradigma de eso que señala la expresión «un hombre del pueblo». Del pueblo y, añadido yo, de su pueblo, Euskadi. En sus virtudes tanto como en sus defectos. Trataré de explicarlo en lo que sigue, al dictado de los vivísimos recuerdos que poseo de la vida y la obra del autor de «Gernika, marcha fúnebre vasca» (música ésta que, gracias a una feliz idea mía y a la colaboración técnica de mi hijo Pablo, sonó, resonó, grandiosa y emocionante, profundamente popular y vasca, en el momento que los sepultureros echaban tierra madrileña sobre su ataúd, desde un radiocasette que yo mismo coloqué encima de la losa, a falta de que, como hubiera debido ser, sus maravillosos sonos hubiesen salido de la Banda Sinfónica Municipal de Madrid, de la que fue director durante la guerra 1936-1939, al frente de la cual recorriera tierras republicanas recaudando fondos para los defensores de la República).

La obra sinfónica de mi padre, muchísimo más hermosa e importante que sus operetas y zarzuelas (pese a que cuando a principio de los años 30 se dedicó, por motivos de supervivencia económica, cómo muchas veces me confesó, a componerlas, lo hizo con gran inspiración y maestría), es una obra radical, honda y absolutamente vasca. Heredera del mejor «nacionalismo» musical de finales del XIX y principios del XX, especialmente del nacionalismo ruso, esta obra, desde el juvenil, perfecto y bellísimo Cuarteto de cuerda hasta la marcha fúnebre «Gernika» en sus tres versiones, para txistus y trompas (pensando en una tradición musical de Iparralde), para orquesta y para coros y orquesta, composición escrita en plena vejez pero repleta de un brío, una fuerza expresiva y una concepción formal admirables, constituye uno de los tesoros de la música vasca, dentro de la que figuran nombres tan admirables (y tan admirados por mi padre) como Usandizaga, Azkue, Pagola, Garbizu, Escudero (este último maestro profesor mío de contrapunto durante una breve temporada en Donostia, y del que tanto aprendí), o el gran P. Donostia aquel inefable, increíble franciscano (o capuchino, para esto de las órdenes religiosas soy un desastre) al que conocí un día en Barcelona durante un almuerzo junto con mi padre. Mi mayor esperanza (escéptica esperanza, a decir verdad) es que las obras sinfónicas de Pablo Sorozabal Mariezkurrena comiencen a divulgarse y alcancen la popularidad que se merecen sus hermosísimas «Variaciones Sinfónicas sobre un tema popular vasco», su «Suite Vasca» para coros y orquesta, su antes mencionado «Cuarteto de cuerda», sus dos deliciosos «Apuntes vascos» y su impresionante «Gernika». Popularidad que yo quisiera tan amplia y grande como la alcanzada desde siempre por su delicada «Maite»,

escrita originalmente sobre letra en castellano pero que mi padre mandó traducir al euskara (creo que fue su amigo el P. Etxaniz quien hizo la versión vasca). Pues mi padre —aquí enlace con lo que decía al comienzo acerca del triste, injusto y brutal destino impropio, impuesto al pueblo vasco, contra el que se revuelve, en gloriosa subversión, la lucha de los mejores hijos de Euskal Herria—, en su niñez hablaba euskara, viéndose impedido por los avatares y las circunstancias objetivas a olvidarlo. Nunca, jamás, sin embargo, llegó a olvidarlo. Lo leía y entendía (jamás se me borrará de la memoria un día, a principio de los sesenta, en Getaria, cuando se acercó a un niño de unos doce años, pastor de un rebaño de ovejas, y habló con él en euskara; nunca he visto a mi padre tan feliz y satisfecho de sí mismo, y así lo comenté con mi mujer, Teresa, aquella murciana maravillosa que tantísimo amó a Euskadi).

Mi padre tuvo un constante e insobornable afán por volver a su lengua, al euskara. Probablemente nadie sabe que durante la guerra (aparte de componer un Himno a las Milicias Vascas que combatían junto a los madrileños y los internacionales contra el fascismo en el frente de Madrid), inició la composición de una ópera, «La leyenda de Jaun de Alzate», cuyo libreto, por expreso deseo suyo, estaba traducido al euskara, como anteriormente compusiera también una de sus más extraordinarias obras, los «Siete Liedes» sobre poemas de Heinrich Heine traducidos al euskara por el poeta

Arregi (él, mi padre, que dominaba perfectamente la lengua alemana tras su estancia de once años en Leipzig y Berlin, y que, de haberlo querido, podría haberlos compuesto sobre la versión original alemana).

Tras el entierro, apagados ya los sonos del «Gernika» en el radiocassette, un periodista me preguntó si era cierto, o era una simple frase, lo que mi padre había declarado hace algún tiempo, a saber: que le gustaría morir en Euskadi y hablando euskara. Mi contestación fue precisa y contundente respecto a la certeza de dicha declaración. Es más, me extendí en consideraciones que, supongo, no habrán visto la luz. En efecto, mi padre, antes que nada, fue siempre un vasco de pies a cabeza, y ello fue siempre su mayor orgullo. Me habría gustado que su cuerpo descansara en tierra vasca, pero no ha sido así, por desdicha. Me queda el consuelo de que, lo mismo que él, cuando el entierro de Lucía Urigoitia, me expresó su íntima satisfacción ante la polibilidad de que en tan triste ocasión hubiese, tal vez, sonado su «Gernika», al ser inhumado Pablo Soroazabal Mariezkurrena sí que sonó, y muy fuerte, su hermoso «Gernika».

Descanse mi padre, pero no en paz, sino en lucha, en combate que no cese hasta que nuestro pueblo consiga su libertad plena y cada uno de sus hijos pueda vivir, y morir, como para sí soñó Pablo Soroazabal Mariezkurrena, hablando euskara en soberana libertad e independencia.

Pablo Sorozábal Serrano
(«Egin»)

SERVOS

- VENTA DE VIVIENDAS
- LOCALES
- PABELLONES
- TERRENOS, etc.
- ASESORAMIENTO GENERAL EN INVERSIONES INMOBILIARIAS

Paseo de Colón, 33 - bajo
Teléfonos 62 40 55 - 62 54 20
IRUN